



LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

---

III.

**D**ECIDIDAMENTE, entra en nuestro propósito y en nuestras buenas intenciones juzgar á México bajo el punto de vista de su prosperidad, y donde quiera que encontremos alguna de esas *prosperidades nuestras*, allí estaremos, pluma en ristre, para elogiarla. Todo el mundo conoce bien á qué buenos fines condu-

ce siempre el camino de los elogios; es el camino que siguen los enamorados; y hé aquí una mayoría intachable que opina como nosotros; y que me diga cualquiera que haya conseguido un fin ó una esposa, si no ha comenzado siempre con un elogio.

Este optimismo tiene muchos partidarios en todo el mundo; pero en México son más numerosos; por eso nos declaramos abiertamente en favor del sistema, que no por viejo se gasta, y está más en armonía con la época presente de paz y prosperidad, al grado que no se concibe cómo haya todavía personas que censuran por gusto, y ejerzan ese feo oficio de ponerle peros á todo como si creyeran hacerse agradables á la mayoría. Y después de todo, el elogio es lo que busca todo el mundo: el gobernante con sus decretos, la polla con sus tacones altos, y el municipe con su actividad y su desprendimiento. Por otra parte, la vida en sí no es más que un elogio al Hacedor supremo y la vida individual es objeto siempre de elogio. Nacemos y por precisión so-

mos un *rorro lindísimo*; apenas empezamos á hablar, y somos un *niño muy precoz y muy inteligente*; vamos á la escuela, y antes de aprender á leer nos sacamos el primer premio de lectura; crecemos, y con muy pocas excepciones, hacemos versos y somos *vate inspirado, insigne literato, cantor ilustre de algo*, y finalmente, nos morimos, y por si algún elogio nos hubieran quedado á deber, nos los espetan juntos en alocución, en periódico y en epitafio. Hé aquí cómo nuestra vida es un elogio perenne, bajo todos aspectos.

Consecuentes con nuestro propósito, hemos señalado ya algunas de las prosperidades nuestras; y cuando se trata de prosperidades, basta con señalarlas, el elogio por sabido se calla; ¿y quién podría poner en duda nuestra buena intención, cuando al ocuparnos de un asunto comenzamos por afirmar que él encierra una de las *prosperidades nuestras*?

Así, por ejemplo: hemos llamado la atención sobre la prosperidad del agio, sobre

la prosperidad del juego, sobre la prosperidad del montepío, sobre la prosperidad de esas señoras; y todo el mundo conviene con nosotros en que todo eso prospera. Y aquí nos preparamos para seguir apuntando nuevas prosperidades.

No hace todavía siete años, la vinatería en México era el expendio de caldos por mayor, y la emborrachaduría del populacho. En la vinatería no tomaba más que el pueblo ínfimo, y bebía en un vasito de vidrio verdoso. La base de la embriaguez era el chinguirito, al que el vinatero le mezclaba alumbre, y para darle la apariencia de lo que el catador, sin necesidad de pesa-alcohol, le llama el *cordón*, echaba en el barril algunos lazos de járcia, de cuya infusión resulta un cordón de burbujas al servirse el aguardiente en el vaso.

Una protesta discreta del cargador contra el resabio á járcia, le sugirió la idea de pedir el chinguirito con mistela. Este arsenal de bebistrajos constituía la *piquera*, especie de jaula que excita al borracho y

previene al ladrón; entidades que suelen no andar muy lejos una de otra.

Así habían permanecido las vinaterías, por muchos años, sin pizca de prosperidad; hasta que en un recodo de cierta vinatería, se destinó un lugar para los borrachos de levita, y cuyo lugar tomó el nombre vergonzante de *sacristía*; y separados por una vidriera, el de frazada bebía de á *tlaco* y el de levita de á *medio*.

Pero la prosperidad no se hizo esperar, y Plaisant abre una taberna de lujo con pasteles y dulces: lo imitan otros franceses, y las tabernas se multiplican: después se abren otras que agregan el atractivo de los *sandwichs*, y donde se toman licores raros, queso verde y otras golosinas tudescas.

Los españoles, que no se maman el dedo, rompieron á una con sus tradiciones, y abrieron una sacristía en cada tienda; y para indicar que allí se bebe, avisan que se come, y ponen sobre el mostrador groseras rebanadas de pan y enormes salchichas. Llegan, por último, los reyes del *bar-room*

y los *cock tails* se aclimatan. Por fin, el feo vicio de la embriaguez toma tal incremento y tales proporciones y facilidades, que con sobrada razón habremos de considerarlo en este artículo como una de las prosperidades nuestras.

¿Qué más se le puede pedir al comercio de caldos, que haber enviado ya al panteón á muchos jóvenes pertenecientes á familias distinguidas de la capital? eso prueba bastante la prosperidad de ese comercio, el engrandecimiento de los cantineros, el adelanto en ese ramo, la difusión de esa costumbre que pasa del cargador al dependiente, al empleado y al estudiante: ya el pollo aprendió á beber como el contraamaestre, y se muere más pronto, lo cual es una ventaja, y prueba que el hígado y el alcohol no están de acuerdo.

Ahora bien y cuando el vicio ya invadió todas las clases ¿qué mucho que las más refinadas hagan lo mismo que la gente ordinaria? Esta recibe el sábado la raya y se emborracha á nombre de la prosperidad del

trabajo; descansa el domingo, y se emborracha por aprovechar el tiempo; tiene un pesar y se emborracha por vía de lenitivo; sale de la cárcel y se emborracha á nombre de la libertad.

México tiene ahora muchas razones para alegrarse: su prosperidad entre otras, y su decadencia moral; y ¿qué le va V. á hacer, si ese es el orden de las cosas? De manera que á no ser por las cantinas, no sabríamos qué hacer con la alegría de los ferrocarrileros, con la alegría de los telefonistas, con la alegría de los elegidos popularmente, con la alegría de los empleados con quincena exacta, con la alegría de los del depósito que tan bien se la pasan, con tantas alegrías, en fin, tan legítimas. Para tal número de alegrías es indispensable un número competente de cantinas.

La moral social y la beneficencia pública son las únicas que contemplan esta prosperidad con faz de duelo. Ellas, con la timidez y recato con que esas virtudes hacen todas sus cosas, sugieren al legislador,

por nuestro humilde conducto, una inocente travesura.

No se puede negar la brillantez del espectáculo que presentan esas baterías de botellas de todos colores que lucen en los armazones de las cantinas y en las tabernas más lujosas; el color de los licores se armoniza con el de los brevets y contraseñas, marcas y etiquetas de Ultramar; y los cantineros, que son personas de gusto, han logrado dar á todo el arsenal del vicio un aspecto tentador y elegante.

Pero se nos antoja que cooperaría á realzar tan rica apariencia y el conjunto resultaría irreprochable, si sobre cada cuello de esas innúmeras botellas se colocara un TIMBRE DE CINCUENTA CENTAVOS. Esto acabaría de dar al cuadro la última mano, la mano de la compensación; porque el valor de ese timbre tendría por objeto desagaviar á la moral social, protegiendo la beneficencia pública.

Cierto es que los cantineros podrían objetar, en nombre de la estética, el recar-

go de adornos, la superabundancia de papelitos pegados en las botellas, que, según ellos, las afearía y les haría perder su esbeltez y su tipo original; pero ya se sabe que los cantineros se parecen por detrás á todos los contribuyentes; eso de los papelitos y documentos les parece embarazoso y falto de sentido: pero eso no es más que cuestión de gusto, y en materia de gusto, y de gusto por los caldos, hay poco escrito, y se pueden escribir sobre ello varios libros.

Pero llevando el hecho al terreno de la práctica y juzgándolo bajo un aspecto más positivo, pondríamos con cada timbre en cada botella: la mirada de la moral sobre el vicio; la intervención paternal del poder público dimanando del sagrado principio de la conservación de la sociedad; la condenación tácita del abuso por el gravámen; la reprobación del vicio en pro de la virtud cristiana, dejando ilesa la libertad individual, pero sellando el principio más sano de la moral social.

En sus resultados inmediatos esta trave-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
1896 MONTERREY, MEX.

surilla haría subir á 25 centavos el valor de cada copa; y he aquí el punto adonde deseábamos venir á parar. Pues señor; que el pollo tempranero y el ébrio consuetudinario no se la pueden pasar, los domingos y fiestas de guardar especialmente, sin su media docena de copitas, ya sean consumidas á fuer de convidados ó de anfitriones; que ni el padre del pollo ni la autoridad pública pueden intervenir en ese acto que nace tan natural y filosóficamente de la preciosa libertad individual; que el vicio cunde y envenena la generación presente; que ni el púlpito, ni la tribuna ni la prensa bastan á contener el raudal de alcohol que parte de la cantina á la economía animal. Estamos de acuerdo; pero al menos nos consolará considerar que el borracho apura la copa con una mano y paga un real con la otra á la beneficencia pública; y hé aquí cojido al borracho entre el vicio y la bolsa. La duplicación de la cuota influirá cien veces en que el vicioso invite con frecuencia, en que esquive el encuentro de tres cofrades á la idea de un

peso fuerte, y en mil casos evitaría esa última copa decisiva de la embriaguez.

Nuestro vecino del Norte, que es el pueblo más inteligente del mundo en materias de cock-tails y de otras cosas, tiene establecido el precio de 25 centavos por copa; y no creo que se ofenda por que después de aprender á confeccionar sus neoyorkinos cock-tails adoptemos también su precio respectivo.

Pingüe será el subsidio en favor de los desvalidos; y nunca será mejor empleado el real del vicioso que en pan para el pobre y en hogar al huérfano; y puesto que de borrachos se trata, del vicio mismo deberá salir la manutención de aquéllos á quienes la embriaguez llevó al crimen y á vivir largamente sobre los fondos públicos.

Esperamos en Dios que seguiremos teniendo motivos para alegrarnos, y como esta alegría ha de tomar generalmente en la cantina un color de castaño oscuro, no nos queda más arbitrio que recurrir á una compensación consoladora.

Muchos conocidos nuestros habrán de dirigísenos con la palabra pastosa, la mirada turbia y exhalando aldehydas, para echarnos en cara la carestía de la copa, como promovedores de semejante medida; pero en cambio, los huérfanos y los enfermos, los pobres y los desgraciados saborearán el blanco pan de la filantropía y descansarán bajo el caliente techo de los institutos benéficos.



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"